

que trascendió por todo el monasterio, y se tocaron por sí las campanas de Casia, anunciando el dichoso tránsito de aquella amada esposa de Jesucristo. Pero lo mas admirable fué, verse convertida en resplandor brillantísimo la llaga de su frente, que hasta allí se mantuvo llena de gusanos y putrefaccion. Tuvieron las religiosas en el féretro su cadáver algunos dias para satisfacer la devocion de la multitud de gentes que concurrían á venerarle; despues la depositaron en el mismo oratorio, en que tuvo la dicha de ser participante de la espina de la corona del Señor, donde se conserva con reja al coro y á la iglesia, para que tanto las religiosas, como el pueblo, puedan disfrutar la vista de aquel venerable cuerpo, que se mantiene despues de tantos siglos incorrupto, con los mismos síntomas, color y flexibilidad que si estuviese dormido; con la particularidad de participar igual incorruptibilidad los vestidos con que se enterró, y aun los que usó en vida.

La multitud de milagros que obró el Señor por la intercesion de Rita, movió á las religiosas de Sta. Maria Magdalena de Casia á que solicitasen de la Silla apostólica su beatificacion y canonizacion; y reunidas sus eficaces súplicas con las de los pueblos de Umbria y de toda la religion de S. Agustin para con Urbano VIII; constando á su Santidad los mismos prodigios, cuando fué obispo de Espoleto; concluidos los procesos informativos correspondientes, la declaró beata por su bula de 2 de octubre de 1627, y despues la mandó poner en el catálogo de los Santos con las ceremonias acostumbradas en el de 1634.

En el dia que se celebró la fiesta de su beatificacion, entre otros muchos milagros, se advirtió con particular admiracion de la multitud de concurrentes, que abrió la Santa los ojos tan refulgentes como si estuviese viva, habiéndolos tenido cerrados hasta entonces; y continuando Dios en hacerla maravillosa, todos los años en el dia de su festividad se levanta su cuerpo del fondo donde está hasta la superficie de la reja. Y cuando alguno de los correspondientes superiores quieren ver su cuerpo, ó por devocion, ó por otro motivo, se eleva á la superficie del area, para ofrecerse á la inspeccion más fácilmente. Notándose tambien, que cuando el Señor quiere hacer algun milagro por su intercesion, se percibe algunos dias antes un olor fragrantísimo en el monasterio.

SANTA QUITERIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Quiteria, cuya memoria es y ha sido célebre en España desde los primeros siglos de la Iglesia, aunque nació de padres gentiles, dispuso la divina Providencia ilustrarla con el conocimiento del verdadero Dios por medio de la fe, en la cual fué educada desde sus mas tiernos años. Muchos escritores estiman por fabulosa la historia del nacimiento de esta ilustre mártir de Jesucristo con el de sus ocho hermanas; pero á los reparos que contra ella objetan los criticos se satisface por todos en la vida de Sta. Librada, dia 20 de junio, adonde remitimos al lector, para no molestarle con repeticiones.

No obstante la certeza de su martirio (sobre lo que no cabe duda); y de su culto inmemorial en España, autorizado por los oficios eclesiásticos, varían los escritores en la referencia de su vida y actas de su martirio; pero esta diversidad es inculpable en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones de los bárbaros, por cuyo furor perecieron los monumentos antiguos, relativos á ésta y otros muchos mártires, defraudando á la posteridad de noticias tan importantes.

Debemos contentarnos, pues, con venerar á esta ilustre mártir de Jesucristo, que testificó con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe contra el supersticioso furor de los paganos, á últimos del siglo II. En Toledo se celebra hoy la fiesta de Sta. Quiteria, y su oficio es todo del comun de las Virgenes.

SANTA JULIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

HABIENDO sorprendido á Cartago el año de 439 Gensérico, rey de los vándalos, uno de los mas ardientes protectores del arrianismo, ejecutó las mas bárbaras crueldades, principalmente en las familias mas distinguidas de aquella populosa ciudad. Resuelto á fijar en ella su corte, quiso desembarazarse de todo lo que podia causarle algun rezelo. La primera que esperiméntó su inhumanidad fué la nobleza. Quitó la vida, ó los obligó á que la salvaran huyendo, á todos los que ocupaban los cargos, ó lograban en la república algun crédito. Despojó á los ricos de sus haciendas, á las iglesias de sus ornamentos, apoderándose de todos los vasos sagrados; y no contento con reducir á los mas ilustres ciudadanos al estado de mendigos, á todos los hizo esclavos. Las mujeres y doncellas de distincion fueron vendidas á

los mercaderes, y por muchos dias fué entregada al pillaje la ciudad.

Entre estas ilustres esclavas se halló una de la primera nobleza, llamada Julia, que habiendo sido educada con el mayor cuidado en las santas máximas de la religion cristiana, habia hecho maravillosos progresos en la virtud, y era la admiracion de toda la ciudad. Arrancada del seno de su familia, fué vendida á un mercader gentil, llamado Eusebio, que la condujo á Siria. Fácilmente se deja considerar quanto sentiria Julia una mudanza tan espantosa de condicion. Acostumbrada á ser servida, y á vivir delicadamente, se vió reducida á la triste suerte de servir y de vivir como una vil esclava.

Solo halló consuelo en la religion y en su propia virtud. La vista de Jesucristo crucificado templaba la amargura de su corazon, y detenia el torrente de sus lágrimas. Conoció que por servir á un amo idólatra, no por eso era menos sierva de Jesucristo, y se dedicó á cumplir exactamente con todas las obligaciones de su estado, sacrificándose mas y mas en la penosa y abatida condicion de esclava. Bien presto se dejó reparar, y aun admirar su virginal modestia, su compostura, su porte y su aplicacion á los oficios á que la destinaban. Estimábala tanto su amo, que el aprecio llegó á ser veneracion; y solia decir sentiria menos la pérdida de todos sus bienes, que el perder solo á su esclava.

Este favor que merecia Julia á su amo, solamente la servia para dedicarse con mayor libertad y con mas ardiente fervor á los ejercicios de su santa religion. Ayunaba rigurosamente todos los dias; el amo se affigia al ver lo mal que Julia se trataba; pero todas sus instancias, y todos los medios de que se valió para obligarla á comer, y á darse mejor trato, solo pudieron conseguir que se dispensase en el ayuno los domingos. El amor á la castidad se dejaba ver en todas sus acciones, no pudiendo subir á mas su delicadeza en esta preciosísima virtud. Aunque su extraordinaria hermosura la ponía en tantos peligros en medio de aquellos paganos, se habia hecho tan respetable por su virtud y por su modestia, que los paganos mismos se portaban con la mayor circunspeccion cuando se hallaban en su presencia.

En acabando con las haciendas de la casa (porque su virtud no se acomodaba con la ociosidad) empleaba el tiempo en oracion, y en la leccion de libros devotos que pudo salvar del pillaje de su casa.

Como si no fuera bastante el trabajo de servir para una doncella tierna, noble, criada con regalo y con la mayor abundan-

cia, añadía crueles penitencias á las penalidades de su estado. Tenia grabado en su corazon á Jesucristo crucificado, y esta memoria renovaba cada dia su fervor, dándole nuevo aliento y nuevo gusto en las mortificaciones cada vez que le contemplaba. A la verdad derramaba el Señor en su alma tan abundantes consuelos, que siempre se la veía con un semblante risueño, y apenas vez alguna se ponía en oracion, que no corriesen de sus ojos dulces y copiosas lágrimas.

El mayor elogio de la religion que profesaba Julia era su vida ejemplar; acreditábala con sus obras; y su mismo amo, aunque gentil, no cesaba de alabar continuamente la religion cristiana. Llenábase nuestra Santa de consuelo al ver la justicia que se hacia á su religion; pero en esta prosperidad una sola cosa la affigia, y era parecerle que esto mismo la ponía cada dia mas distante del martirio, por el cual ansiosamente suspiraba. La esperanza que siempre habia tenido de derramar su sangre por Jesucristo, era lo que la alentaba en la triste condicion en que se veía; este era el objeto de sus ansias, la materia ordinaria de sus oraciones, y la gracia singular que incesantemente pedía á Dios por intercesion de la santísima Virgen, á quien profesaba muy tierna devocion; pedíala diariamente con las mayores instancias que la alcanzase de su querido Hijo la palma del martirio.

Siendo tan amada del Hijo y de la Madre la humilde sierva de Dios, no podia dejar de ser oída. Habianse ya pasado algunos años de su esclavitud en Siria, cuando á su amo Eusebio, que hacia en las Galias un gran comercio en los géneros mas preciosos de Levante, se le ofreció un viaje á la Provenza, y resolvió llevar consigo á su esclava. No podia Julia resistir á la voluntad del que tenia autoridad para mandarla. Embarcóse, pues, no dudando que tendria sus altos fines la divina Providencia en disponer aquel viaje, en el cual no la podian faltar, cuando menos, muchas ocasiones de padecer, y quizá se la proporcionaria la del martirio, porque tanto suspiraba. Con efecto, la halló antes de mucho tiempo. Hizo arribada el navío en la isla de Córcega; mandó Eusebio echar el áncora; y noticioso de que los habitantes de la isla, todos idólatras, celebraban una gran fiesta en honor de sus falsos dioses, quiso asistir á ella, y saltó á tierra con toda la gente.

Entró en el templo, y sacrificó un toro al demonio. Al sacrificio se siguió el convite y la disolucion, como era de costumbre. Julia se habia quedado á bordo con parte del equipaje; algunos criados de Felix, gobernador de la isla, entraron en el

navío; y habiendo visto á Julia hincada de rodillas, preguntaron á los de la tripulación qué hacia allí aquella doncella. Respondiéronlos que era una esclava del señor Eusebio, la cual trataba de vanas supersticiones todas sus ceremonias, y todos sus sacrificios, sin poder llevar en paciencia ni aun el nombre solo de los idolos. Volvieron á tierra los criados del gobernador, y luego le contaron como en el navío habia una tierna doncellita, que hacia burla del culto de los dioses, y condenaba los sacrificios.

Era Felix uno de los hombres mas encaprichados y mas ardientes defensores de las supersticiones paganas; y pregunto á Eusebio, por qué razon no habia concurrido al sacrificio todo el equipaje del navío, y quién era una doncella de poca edad que venia en él, y se burlaba de todas sus ceremonias. Es, respondió Eusebio, una doncellita cristiana, esclava mia, de quien jamás he podido conseguir que mudase de religion por mas arbitrios de que me he valido para este fin; pero en lo demás es de costumbres irreprehensibles; me sirve grandemente, y me tiene hechizado su modestia. Ella es la que gobierna mi casa, y cada dia admiro mas su fidelidad. Con todo eso, replicó Felix, yo os aconsejo que la obligueis á que rinda á los dioses el debido culto, ó en caso de no quererlo hacer, á que os deshagais de ella. Ni á uno ni á otro me puedo resolver, respondió Eusebio, y el mejor partido que podemos tomar es dejarla en paz. Pues vendédmela á mí, replicó Felix, que yo os daré por ella todo cuanto me pidierais; y si no quereis dinero, escoged entre todas mis criadas aquellas cuatro que mas os agradaren. Todo cuanto tenéis, respondió Eusebio, no vale lo que ella merece; y antes perderé yo todo cuanto tengo, que perderla á ella.

Conoció el gobernador que nunca lograria de él que se le entregase voluntariamente, y que era menester recurrir al artificio. Dispuso, pues, un magnifico banquete, como para cortejar á Eusebio, y tuvo gran cuidado de embriagarle. Logrólo, y aprovechándose de la ocasion, dió orden á sus criados que fuesen á bordo, y que trajesen á Julia á su presencia. Cuando la tuvo delante la dijo con artificiosa ternura: No temas, hija mia, que se pretenda hacerte algun insulto; estoy muy informado de tu virtud, y no merecen tus prendas que gimas por mas tiempo en el indigno estado de esclava. Quiero tomar de mi cuenta tu fortuna, y no pido de tí otra correspondencia que el que vengas al templo á cumplir con tus devociones, y hacer sacrificio á nuestros dioses. Yo pagaré á tu amo tu rescate; si quisieres mantenerte en nuestra isla, no te faltará un esposo digno de

tus prendas y de tu persona; y si gustares de irte á otra parte, yo te pondré donde eligieres, y te equiparé á mi costa de todo lo que necesitareis.

Respondió Julia con mucha modestia y compostura, pero con igual resolucion, que ella se consideraba verdaderamente libre, mientras tuviese la dicha de ser sierva de Jesucristo; que estaba contenta con su condicion, y que ni pretendia ni pensaba en hacer otra fortuna que la del cielo. Pero en orden á ese culto que me proponeis, añadió, levantando la voz para ser oída de todos, tened entendido que el sumo horror con que miro vuestras ciegas supersticiones me hace estremecer solo al oír semejante proposicion. Soy cristiana, y mi mayor dicha será perder la vida por mi Señor Jesucristo.

Irritado Felix con tan animosa respuesta, la mandó abofetear tan cruelmente, que se dejó ver bañado en sangre su virginal semblante. Dijo entonces la Santa: Mi dulce Salvador fué primero abofeteado por mí; gran dicha es la mia ser tambien abofeteada por mi dulce Salvador. Saliendo Felix fuera de sí, ordenó que la colgasen de los cabellos, y que la moliesen á palos. Hubiera espirado en este tormento á no haberla conservado Dios la vida milagrosamente. En medio de él se la oyó exclamar de esta manera: «Seas mil veces bendito, amable Salvador mio, por la insignie gracia que concedéis á vuestra humilde sierva; dichosa yo si merezco tener alguna parte en vuestros dolores; ¡pero ah, Señor, y qué grande diferencia! A mí me arrancan los cabellos, y yo veo una corona de espinas que traspasan vuestra sagrada cabeza; verdad es que á mi me quebrantan á palos, pero vuestro sagrado cuerpo está despedazado con crueles azotes; contra mí vomitan maldiciones, mas tambien os estoy mirando á vos harto de oprobios.» Triunfaba de alegría en medio de los mas atroces suplicios, cuando temiendo el gobernador que despertase Eusebio, y no le permitiese llevar al cabo su bárbara resolucion, hizo que á toda prisa se levantase una cruz, ó una especie de horca, para colgar de ella á la Santa. A vista de la cruz se llenó de nuevo gozo, y exclamó diciendo: *Siempre he deseado ardientemente, ó amado Salvador mio, dar la vida por vos; pero nunca me atreví á prometerme la honra de darla en un madero á imitacion de mi divino Maestro. Dignaos, Señor, admitir el sacrificio que os ofrezco de ella; tened misericordia de estos pobres ciegos, y perdonadlos mi muerte.* Apenas pronunció estas palabras cuando la colgaron los verdugos, y en el mismo punto en que espiró, despertó Eusebio. En vano llenó el aire de quejas y de amenazas al gobernador; Julia era muer-

ta, y tan inútiles fueron sus lágrimas como su resentimiento.

Luego que espiró la Santa se apoderó un secreto terror del corazón de los impíos que habían contribuido á su muerte, ó se habían hallado presentes á ella. Retiráronse todos con precipitación, y mientras tanto se aparecieron dos ángeles á unos santos monges, que habitaban cierta isla vecina, llamada la isla Margarita, por otro nombre Gorgona, y habiéndolos informado de todo lo sucedido, los mandaron de parte de Dios que fuesen á retirar el cuerpo de la Santa. Embarcáronse al punto, y llegando al cabo, encontraron al sagrado cuerpo pendiente todavía de la cruz; y descolgándole, se volvieron á embarcar con él, llevando todos palmas en las manos, y cantando salmos. Los monges de la isla Capraria, ó Cabrera, mas inmediata á Córcega que la antecedente, salieron á recibir el santo cuerpo, y acompañándole como en triunfo hasta la puerta de su monasterio, dejaron que se le llevasen los de Gorgona, donde estuvo sepultado en un magnífico sepulcro hasta el año 763, en que Didier, rey de Lombardía, le hizo trasladar á Brescia, ciudad de sus estados, y hoy perteneciente á la república de Venecia, donde fué depositado en la iglesia del bello monasterio de monjas que él mismo habia fundado, y era abadesa de él su hija Angelberga. Hicieron las religiosas edificar otra iglesia mucho mas suntuosa que la primera, dedicándola á Sta. Julia, y fué trasladado á ella el santo cuerpo con gran concurso de los pueblos. El martirio de esta ilustre virgen sucedió el día 22 de mayo. En el lugar donde fué colgada de la cruz brotó una fuente milagrosa, que aun se conserva el día de hoy, y en el mismo sitio se levantó una capilla en honra de la Santa, donde cada día la ilustra mas el Señor con nuevas maravillas.

SAN ATTHON Ó ATTON PACENSE, OBISPO.

EN este día hace fiesta la iglesia de Badajoz á S. Atton, obispo que fué de Pistoja en la Toscana. Este siervo de Dios fué español, nacido en Badajoz á fines del siglo XI, ó principios del XII, de padres pobres, pero cristianos. El deseo de visitar las reliquias de los santos mártires, ó tal vez de verse libre del trato con los mahometanos, que tenían entonces tiranizada aquella tierra, lo llevó á Roma y á otras ciudades de Italia; y enamorado de la observancia regular que florecia entre los monges de Valkeumbrosa, profesó con ellos la vida monástica, y llegó á ser general de su congregacion. Desde ella fué sacado para el obispado de Pistoja, en el cual vivió hasta el año 1153.

Fué Atton muy devoto del apóstol Santiago, y por su instancia logró la iglesia de Pistoja una gran parte de la cabeza de este santo Apóstol, enviada por el arzobispo D. Diego Gelmirez, cuando Reynerio, hijo y diácono de la iglesia de Pistoja, era maestrescuela de la de Santiago de Galicia. Recibió Atton esta insigne reliquia el año 1145, y la colocó en una capilla de la catedral, y esta ciudad declaró al santo Apóstol por su patrono. Desde luego espermentaron aquellos naturales la proteccion de Santiago, viéndose obrar maravillas sin número con todos los necesitados que de diversas partes acudian á implorar su favor. Consta esto por algunos breves del papa Eugenio III, y por otros documentos que Ughello propone en el tomo 3.º de la *Italia sacra*.

La iglesia de Badajoz por breve de Paulo V reza de nuestro Santo con oficio de Confesor Pontífice desde el año 1614.

La misa es en honor de Sta. Quiteria, y la oracion es la siguiente:

O Dios, criador y conservador de todos los hombres, humildemente imploramos vuestra misericordia, pidiéndonos que al mismo tiempo que celebremos la fiesta de vuestra bienaventurada mártir Quiteria, merezcamos algun día acompañarla en los eternos gozos de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 del libro de Tobias.

A tí, Señor, vuelvo mi rostro: á tí dirijo mis ojos: ruego-te, Señor, que me desates del lazo de esta ignominia, ó á lo menos me levantes de la tierra. Tú, Señor, sabes que jamás deseé algun hombre, y he conservado mi alma pura de todo apetito. Jamás me mezclé con los que se divierten, ni tuve amistad con aquellos que caminan con levedad.

REFLEXIONES.

Numquam cum ludentibus miscui me. Nunca concurrí, ni me mezclé con los que gustaban de divertirse. Si las diversiones de las gentes del mundo son tan inocentes como ellas dicen; si no hay culpa ni peligro de ella en divertirse como ellas se divierten, ¿á qué fin alega Sara por mérito el no haber concurrido con ellas á sus inocentes diversiones? En medio de eso, todo el plan

de vida que se forman los mundanos se reduce á una cadena, á un enlace, á una serie perpetua de pasatiempos; los que no se hallan en todos son mirados con un género de lástima, con una especie de compasion, asi de los jóvenes aturridos, como de las mujeres atolondradas.

Tiranizado el entendimiento por las pasiones, todo él se consume en discurrir arbitrios para calmar la inquietud de un corazon hambriento perpetuamente. Sórbense todo el tiempo las visitas, el juego y los espectáculos. Para que duren de por vida los divertimientos, basta el dia de hoy ser hombre visible, tener conveniencias, hallarse en un empleo sobresaliente.

Asegura el Señor que esto de salvarse cuesta mucho; que para entrar en el cielo son necesarios grandes esfuerzos; que el camino que conduce á la vida es apretado y estrecho. Pues ciertamente que si se salva la mayor parte de los cristianos, no es tan fácil como parece la verificacion de estos divinos oráculos. ¿Qué esfuerzos hace para entrar en el cielo toda esa multitud de cristianos brillantes, para quienes todos los dias son dias de pasatiempos, y toda la vida es una continuada cadena de fiestas esquisitas, y de nuevas diversiones?

¿Qué habrá costado esa preciosísima piedra á toda esa gente sepultada en el regalo y en la sensualidad, fastidiada de su misma ociosidad, á quien solo el nombre de mortificacion estremece y causa horror? ¿qué habrá costado esa rica corona á todas esas personas del mundo, ocupadas únicamente en inventar nuevos gustos, nuevos primores al placer, y en perpetuar su duracion? Verdaderamente que si no es penitencia esa misma delicadeza, esa misma ociosidad, y esa misma vida deliciosa, no se sabe qué penitencia hace toda esa gente. ¿Mas para qué, ó por qué se derramarán tanto hácia fuera esos hombres bulliciosos? ¿á qué fin una vida tan atropellada y tan tumultuosa? Digámonlo con franqueza; esfuérzansé á derramarse tanto hácia fuera, porque interiormente se sienten despedazados de mil sobresaltos, de mil remordimientos, que hacen presa en aquellas pobres almas. El verdadero origen de esas ocupaciones ruidosas y atolondradas de los hombres, es el ansia de huir ellos propios de sí mismos; para una alma mundana el mayor suplicio es el silencio y la quietud; cada pasion es una furia, cada idea es un espectro que atemoriza á quien vive en el pecado. Aquella continua agitacion no nace de otro principio que del deseo de evitar, en cuanto sea posible, la vista de sí mismo; el consuelo de no pensar en sí por algunas horas, es al parecer todo el gusto que perciben los mundanos en esa inquieta multiplicacion de di-

versiones; de aquí proviene despues aquella agonía tan espantosa en los últimos dias, y en las postreras horas de la vida. ¿Pero qué mal hay en divertirse? dicen algunos. Mas yo les quisiera preguntar: ¿y será vida digna de un cristiano una vida malograda en mil inutilidades, fatigada, por decirlo así, del mismo regalo y de la misma ociosidad? ¿y será posible que no haya ningun mal en una vida que se confiesa poco digna de un cristiano? Diviértese la gente, dicen otros, porque no sabe qué hacerse. ¡Bellamente! pero respóndanme: ¿y las obligaciones de un cristiano le permiten jamás el no tener que hacer? ¿Es posible que precisamente porque uno sea hombre de conveniencias, persona de distincion, solo porque sea joven no tiene obligaciones que lo ejecuten, ni materia precisa en que emplear el tiempo? ¡Ah, de qué diferente manera se discurre á la hora de la muerte! Aquel lecho y aquella hora son la verdadera luz, á la cual descubrimos muchas obligaciones que antes no se veian. ¿Y se creará entonces que las diversiones mundanas eran una ocupacion verdaderamente honesta é inocente? ¿Dará gran consuelo en aquella hora el haber pasado una vida tan poco cristiana?

El Evangelio es del cap. 6 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será iluminado; pero si tu ojo

fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti se hace tenebrosa, ¿cuan grandes serán las mismas tinieblas?

MEDITACION.

De la ceguedad interior.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el conocimiento es la luz del alma, como la vista lo es del cuerpo; quítale al hombre esta luz, y quedará en tinieblas; despoja al alma de aquella, y se precipitará en la ignorancia. Las tinieblas materiales causan la ceguedad del cuerpo, y la ignorancia la del alma. Esta ignorancia (cuando es culpable) hace que á un mismo tiempo se ignore y se cometa el pecado, ó autorizando la pasion, ó desviando la atencion.

Si se peca (dicen algunos) será porque no se aplica la necesaria reflexion para evitar el pecado; si se peca será por falta de

consideracion, en fuerza de la cual no se piensa que el divertirse, el jugar, el vivir en una honesta ociosidad y con todo el regalo posible sea una gran culpa. ¿No se piensa? ¿Pues en qué se piensa, si la ley santa de Dios, si las obligaciones de cristianos, si el Evangelio de Jesucristo, si el importante y espinoso negocio de la salvacion no se llevan todas nuestras atenciones, y no fijan nuestros deseos y nuestros pensamientos?

En vano intentamos aturdirnos para no ver el peligro: el mismo peligro nos avisa y nos despierta. Levántanse del corazon esas espesas tinieblas; ámase el peligro, y por eso no se quiere ver su gravedad. Quiérese que no haya especial disonancia moral en esa vida ociosa y regalona; en esos entretenimientos que halagan escesivamente los sentidos; en esos juegos de profesion; en esas diversiones interminables; en esos profusos y continuados banquetes, en esos espectáculos, en esa profanidad. Esto se quiere; ¿pero dejará de ser malo, solo porque se quiere que no lo sea? ¿y la ignorancia afectada del mal canonizará una vida que el espíritu de la religion, el Evangelio de Jesucristo declaran no ser inocente? Ciérranse, tapiense todas las ventanas por donde puede entrar la luz, y dícese despues que nada se ve. Escítase de propósito un humo denso, y se vive con seguridad, porque no se perciben los objetos. Tirase á desecar el humor cristalino; sácense los ojos voluntariamente por pasion, por locura, ó por furor, y tranquilízase el espíritu con el risible pretexto de que no ve porque está ciego. Esté sano el corazon, y luego lo estará el alma; purifíquese aquél, y desde luego se disiparán las nieblas, las ilusiones, las tinieblas de ésta.

De buena fe, ¿creemos que Dios nos ha de juzgar por el particular sistema de conciencia que cada uno se forma voluntariamente? Apodéranse las pasiones del corazon, y tiranizan el entendimiento; todo se juzga en su tribunal; admítase lo que ellas aprueban, y se condena lo que reprueban ellas. Ellas son las que en los hombres mundanos fabrican aquel extravagante sistema de conciencia que allá se forjan ellos mismos; y todavía querrán que Dios se haya de gobernar precisamente por esta obra de las pasiones, cuando se trate de pronunciar sentencia definitiva sobre nuestra eterna suerte. Todavía pretenderán que entonces haya de escusar el Señor nuestras flaquezas. ¿Qué concepto hacemos, Dios mio, de vuestra justicia y de vuestra prudencia, cuando imaginamos que unas ilusiones y unos errores tan voluntarios han de ser la regla de las costumbres?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la pasion es la que ordina-

riamente causa la ceguedad. La pasion nunca discurre, siempre es ciega. Tiene ojos; mas solo para ver los objetos con los colores que ella los presta. ¿Aborrecese á una persona? Pues no es menester mas para que nos dé en rostro todo lo que hace. Aborrecian los fariseos al Salvador; de aquí nació que todo el brillante golpe de su resplandeciente virtud no bastó para que abriesen los ojos ni para ablandarlos el corazon. Emponzonan todo lo que dice, y condenan todo lo que hace. Si resucita muertos en su misma presencia, al demonio es el que los resucita. Todos sus milagros se obran (en dictámen de ellos) por virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. La enfermedad de los fariseos se ha comunicado, se ha pegado á los hombres del mundo; entre estos la pasion es la que decide, no la razon ni la religion. Dicen que tienen horror al pecado; pero no quieren que haya pecado en aquellas cosas que les lisonjean. Sobranos luz para descubrir una paja, un átomo que no nos interesa, como sea en los ojos de otro; pero no vemos una viga de lagar en los nuestros. No se atrevian los fariseos á entrar en el palacio de Pilato por no contaminarse; vamos claros, que la delicadeza de conciencia era esquisita; pero al mismo tiempo pedian sin escrupulo la muerte del Salvador. ¿De cuántas copias será original esta farisaica conducta!

Mas la ceguedad del alma no solamente es un gran mal, es muchas veces efecto del pecado mismo. Has resistido por largo tiempo á las luces de la gracia; pues amortiguáronse. No te has aprovechado de los talentos; pues dejáronte con los precisos. Has ahogado las mas fuertes inspiraciones; pues ya no te hacen impresion. Cerraste los ojos á los rayos del sol; pues encubriósete. Y entonces, mi Dios, ¿qué de tropiezos! ¿qué de descaminos! ¿qué de engañosas ilusiones! ¿qué de falsas ideas! *Doce horas tiene el dia* (dice el Salvador, *Joan. 11.*); *el que camina con el no tropieza; pero el que camina de noche anda tropezando, porque le falta la luz. Caminad mientras os alumbrá la luz, no sea que sobrevenga la noche. El que camina en tinieblas no sabe por donde va.*

¿Mi Dios, qué perniciosa y qué universal es esta ceguera voluntaria! ¿qué mayor ceguera en las personas del mundo, que la de creer en Jesucristo, creer en su Evangelio, y vivir como ellas viven? ¿qué ceguera la de los hombres de negocios cuando se trata de sus intereses! ¿qué ceguera la de los grandes del mundo en no aconsejarse apenas para su conducta mas que con la ambicion, con el fausto y con la sensualidad! ¿qué ceguera la de los jóvenes en entregarse precipitadamente á la mas des-

enfrenada licencia de costumbres ! ¡ qué ceguera la de los ancianos en no dedicar siquiera el resto de sus cortos y miserables días al negocio importante de la salvacion ! ¡ qué ceguera la de las personas devotas en dar en tantas y tan perniciosas ilusiones ! ¡ qué ceguera, en fin, la de las almas religiosas en descuidar tanto de la perfeccion de su estado, y en vivir una vida tan poco regular !

Libradme, Señor, por vuestra misericordia de un mal que conduce á la mayor de todas las desgracias. Y pues todavía me alumbráis para que conozca el peligro, haced, mi Dios, que le evite, y que trabaje seriamente en mi salvacion mientras me ilumina la luz.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que vea, y que no camine en tinieblas. (*Marc. 10.*)

Abrid, Señor, mis ojos para que jamás se cierren con el sueño fatal de la muerte eterna. (*Psalm 12.*)

PROPOSITOS.

1 La ceguedad interior tanto es mas funesta, cuanto es mas voluntaria, y por lo mismo mas dificultosa de curar. El ciego de Jericó gritaba con todas sus fuerzas: *Señor, tened misericordia de mí*; preguntale el Salvador: *¿Qué quieres haga contigo?* solo por oírle decir: *Señor, que vea*. No pide que le curen el que no se imagina enfermo. Pocos ciegos hay de alma y corazon que juzguen están verdaderamente ciegos; por eso hay pocos que sanen de su ceguera. De aquí nace aquella obstinacion en el error, aquel partidario encaprichamiento, aquella tenacidad del propio juicio, aquellas fanáticas ideas, que siendo siempre efecto de alguna violenta pasion, cierran la entrada á la conversion, y todas las ventanas á la luz y á la impresion de la gracia. Este es el estado mas infeliz de todos los estados; considérale como tal, y por tanto desconfia de tu propio juicio, de tu propia opinion, de tus limitados alcances, y sujétalos con docilidad, no solo al juicio de la santa Iglesia, sin lo cual no hay salvacion, sino tambien al de los que te gobiernan, sin lo cual corres gran peligro de descaminarte y de precipitarte en el error. Serás dócil si fueres humilde; la ceguedad interior siempre es efecto del interior orgullo y de la corrupcion del corazon.

2 El Evangelio es la regla de las costumbres; viven ciegos los que solo se gobiernan por las máximas del mundo; y de

aquí proviene aquella fatal seguridad en sus descaminos. Todas las pasiones ciegan; desconfia de todo lo que tiene parentesco con ellas, y guárdate bien de juzgar ni aun la mas minima cosa en su tribunal. Observa las advertencias siguientes. Primera: Te ha inquietado, ó te ha desobedecido un hijo, un subdito, un criado; disimula, difiere la correccion hasta que estés sosegado y tranquilo; es menester medio dia, y algunas veces son necesarios muchos para que se serene la pasion, y esta dilacion siempre te será muy provechosa. Segunda: La misma regla has de observar en todos los que te ofenden. Despues de la tempestad y en la calma se presentan los objetos muy de otra manera; entonces podrás obrar como cristiano y como prudente. Tercera: Profesa una humilde, ciega y perfecta sumision á todas las decisiones de la Iglesia, como tambien una entera deferencia á las órdenes de tus superiores. El primer fruto de la ceguera es la indocilidad; y la mayor prueba de la indocilidad es la adhesion al propio juicio. Cuarta: Condena todas las maximas del mundo, y mira su espiritu con horror. Solo la ceguedad interior puede autorizar como del todo inocentes su profanidad, su ociosidad, sus diversiones, sus juegos, sus espectáculos, sus concursos peligrosos. Quinta: Ten un director santo, ó por lo menos sabio y desinteresado; y nada obres sin su consejo ó sin su orden. *Ne imitaris prudentiam tuam*, dice el Sabio. (*Prov. 3.*) No te fies en tu prudencia. Vemos las caras de los otros, pero no vemos la nuestra; no es mucho que no descubramos nuestras manchas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN DESIDERIO, obispo, en Langres de Francia, el cual viendo á su rebaño muy oprimido por el ejército de los vándalos, fué á suplicar al rey que impidiese aquellos insultos; pero el rey mandó al instante degollarlo; y el Santo ofreció alegremente su cerviz por las ovejas que le habian sido confiadas: habiéndole degollado, voló al Señor. Con él sufrieron igualmente el martirio muchos de su rebaño, los cuales fueron sepultados en la misma ciudad. (Sucedió que cuando el verdugo hirió al santo obispo, saltaron muchas gotas de su sangre sobre un libro, las cuales agujerearon muchas hojas sin tocar ninguna letra: en cuyo testimonio hasta hoy se guarda y muestra el dicho libro. Fué el martirio de S. Desiderio en tal dia por los años del Señor 411, si bien quieren algunos sea el de 346.)

LOS SANTOS EPITACIO, obispo, y BASILEO, mártires, en España. (*Véase su noticia en las de hoy.*)